

estaban por estos motivos de su rey, y que fiados en su juventud esperaban aun que viviese largo tiempo, una enfermedad de pocos dias lo hizo pagar el tributo que todo hombre debe á la naturaleza.

La muerte de Huitzilihuitl, aconteció el dia dos de Febrero de 1414 y al dia siguiente en medio del llanto de un pueblo cuya voluntad habia cautivado en su vida, fué sepultado en el cerro de Chapoltepec con los honores correspondientes á su dignidad.

Al dia siguiente de los funerales, se reunió el consejo de nobles para la eleccion de nuevo rey, porque la monarquía mexicana no fué hereditaria sino electiva, prefiriendo á los hermanos del monarca difunto, para seguir despues con los hijos del primero que habia ocupado el trono. Ese mismo dia, que fué el 4 de Febrero, fué electo Chimalpopoca, tambien hijo como Huitzilihuitl; del primer rey Acamapichtzin. Dieron luego aviso al emperador y al rey de Azcapozalco, quienes aprobaron la eleccion: luego se hizo la ceremonia de la solemne coronacion; y como no era casado, eligió luego para su esposa á Matlalatzin hija del rey de Tlaltelolco.

Apenas se celebraron las fiestas del matrimonio del rey, cuando se siguió la muerte del de Tlaltelolco, á quien dicen heredó en la corona su hijo segundo Tlacatcotzin, porque su padre habia privado de este derecho al primogénito Aucatzin no considerándolo digno de gobernar por afeminado y cobarde. «Si así fué, dice Veytia, no es sin ejemplar, pero sí digno de admirar entré estas gentes, cuyos sabios príncipes mas cuidaban de dejar sucesor que gobernase con acierto sus estados y mirase por el bien de sus vasallos, que no de que heredasen sus hijos las tierras y dominios con daño de sus súbditos.» Admirable ejemplo de un fondo de sinceridad y buena fe, que siendo muy frecuente en estos pueblos no se presentan muchos en la historia de los cultos

Europeos, que calificaron de bárbaros á los que efectuaban acciones semejantes!

## CAPITULO XXII.

*Guerra del rey de Azcapozalco y sus aliados, con el emperador Ixtlixochitl.*

Por bastante tiempo se habian estado haciendo los preparativos de guerra; pero no se habia interrumpido la comunicacion entre los pueblos enemigos, ni se hacian ninguna clase de hostilidades. Cuando ya el rey de Azcapozalco creyó tener las prevenciones necesarias, intentó romper el silencio que hasta entonces se habia guardado en ambas cortes, dando una accion en que tomando desprevenido á Ixtlixochitl, le pudiese tomar no solo su corte sino su persona, con lo que hubiera tenido un completo triunfo. Para esto mandó que sus tropas diseminadas en distintos puntos, marcharan con alguna reserva á un lugar del reino de Culhuacan; de donde en una madrugada asaltaran las poblaciones de los estados de Ixtapalocan, abriéndose luego paso hasta la corte de Tezcoco que creyó sorprender.

Así lo ejecutaron, conducidos secretamente por un caballero de Cohuatepec, que secretamente defendia el partido de los aliados; pero hallaron una poderosa resistencia en los soldados de Ixtapalocan mandados por el gobernador Quauhxiilotzin, en ausencia del señor de los estados que se hallaba en la corte, y tuvieron que salir y abandonar las poblaciones invadidas, con gran pérdida. Quauhxiilotzin se ocupaba en fortificar mas sus fronteras, contento de haber rechazado al enemigo en su primer ataque, cuando el traidor que habia abierto las puertas de aque-

llos estados, irritado con la valerosa y leal conducta del gobernador, le quitó la vida cobardemente hiriéndolo por la espalda y huyendo luego á refugiarse con los enemigos.

La noticia llegó luego á Tezcoco y en menos de una hora, alistó el emperador alguna fuerza para ir en defensa de los estados invadidos; pero el enemigo amedrentado con la sangrienta repulsa, no tuvo valor de esperar á Ixtlixochitl y se retiró para Azcapozalco. Cuando llegó el emperador, no hallando ya enemigo que combatir, dejó nuevamente reforzadas aquellas fronteras y se fué para la ciudad de Huexotla. Ahí se hizo coronar solemnemente el emperador, por el rey de Cohuatlichan, el señor de Huexotla y los dos grandes sacerdotes de una y otra ciudad. Luego regresó á la corte, donde esperó á los señores de los estados que le fueron fieles, para recibir de ellos el reconocimiento, que cada uno le prestó segun fué llegando.

El rey de Azcapozalco encargó todo su ejército al rey de Tlaltelolco, poniendo bajo sus órdenes á su hijo Maxtla y Chimalpopoca rey de México. El ejército imperial fué dividido en tres cuerpos: el de las fronteras del norte se encargó á Tochintzin nieto del rey de Cohuatlican: el del sur á Ixcontzin señor de Ixtapalocan; y el otro se quedó en el centro con el emperador para ocurrir donde primero fuese necesario. Uno y otro enemigo se observaba sus movimientos, y cuando los de Azcapozalco vieron la inacción del ejército contrario; lo atribuyeron á cobardía y resolvieron atacarlo. En la noche embarcaron en un gran número de canoas, todo el ejército que pudieron, con objeto de atacar el estado de Huexotla que creyeron mas débil, para tomar por ahí mismo la corte. No hallaron desprevenido ni débil aquel punto y despues de un reñido ataque, volvieron á sus embarcaciones lamentando grandes pérdidas: así se repitieron

estos asaltos por parte de los aliados, siempre llevando la peor parte, hasta que el gefe imperial determinó hacer una falsa retirada hasta Chiuhnantlan, con lo que alentados los tecpaneques se internaron, y alejados así de sus canoas se volvió sobre ellos, haciéndoles una carnicería tan espantosa, que se vieron obligados los pequeños restos, á devolverse hasta Azcapozalco. Aquello desconcertó á Tetzotzomoc y dió orden de no intentar nuevo ataque, hasta no levantar otras tropas, con que poder combatir al enemigo.

Yztlixochitl por el contrario, lleno de júbilo por el éxito feliz de sus armas, creyó que esto haria desistir á los contrarios de una guerra tan injusta: mandó una embajada que presidia un jóven de gran talento, valor y prudencia, llamado Chihuachnahuacatzin, que á sus prendas personales, reunia la circunstancia de ser hijo del gran sacerdote de Huexotla y de una hija del rey de Tlaltelolco. Partió el jóven embajador y le hizo saber á su abuelo, que el emperador por lo que hasta allí habia pasado, fiaba mucho en el valor y fidelidad de sus soldados para lograr un completo triunfo sobre sus enemigos; pero que deseando por el amor de todos sus pueblos, evitar la efusion de sangre y las calamitosas consecuencias de la guerra, los invitaba á desistir de la que le habian movido, ofreciendo perdonarles este agravio y aun confirmarlos en la posesion de sus estados, si deponian las armas y reconocian la suprema autoridad de que se hallaba investido; pero si se obstinaban en su rebeldía, los sujetaria por la fuerza de sus armas, cerrando entonces las puertas de su clemencia, conque en esa vez los invitaba.

El rey de Tlaltelolco oyó la embajada y pasó luego á comunicarla á Tetzotzomoc y Chimalpopoca que juntos se hallaban en Azcapozalco; pero desechada esta propuesta de paz, volvió Tlacatcotzin á Tlaltelolco para ha-

cerlo saber á Chihuachnahuatzin, quien segun las instrucciones que llevaba de su soberano, hizo llevar una armadura y la corona que los emperadores usaban en campaña: se la puso y armándose con el arco y la macana dijo á su abuelo. «¡Veis aquí las armas del emperador, que por si acaso no admitiais rebeldes la paz con que os convida su benignidad, me las ha entregado, nombrándome por general de sus ejércitos para que adornado con sus reales armas mande sus tropas en su nombre: y armado con ellas te declaro la guerra á tí y á tus aliados, como general de las tropas unidas!» Al mismo tiempo hizo entrar cinco hombres que iban cargados con armas y poniéndolas delante de Tlacatcatzin, le dijo que su soberano les mandaba esas armas para que en ningun caso dijieran que habian estado desprevenidos. Entre las amenazas con que Tetzotzomoc habia contestado la embajada, era una, de que para el dia de un pedernal, que correspondia al 15 de Setiembre estaria su ejército en los campos de Chihuhnautlan, donde esperaba al ejército imperial, para medir con él sus armas: de modo, que vuelto el embajador dió cuenta de todo y recibió orden del emperador para la mejor organizacion del ejército y fortificar el punto amenazado. Pronto supo Yxtlixochitl por los espías que tenia en el campo enemigo, que no era la intencion atacar por Chihuhnautlan, sino que circulada aquella voz y concentrado allá el ejército imperial, ir de improviso sobre el territorio de Huexotla y penetrar luego á todo el imperio. Entonces se dió orden al mismo general Chihuachnahuatzin, para que con mucho sigilo guarneciera todas las poblaciones inmediatas á las playas de la laguna: á Chihuhnautlan, no quiso dejarla desarmada para mejor burlar la astucia del enemigo, por lo que quedó ahí un ejército competente al mando de Cihuaquequenotzin hijo natural del emperador; y formó otro ejército que guarneciendo las playas de la laguna

de una ciudad á otra, socorriera prontamente al que necesitara de auxilio; y de este modo vino á estar su ejército apoyándose y auxiliándose mutuamente.

El dia designado por Tetzotzomoc para ejecutar su plan, amaneció su ejército sobre las playas del territorio de Huexotla, pues en la noche se habia conducido en innumerables canoas: les pareció haber acertado el golpe porque en ninguna de las inmediatas poblaciones veian fuerza ni preparativos de defensa, y empezaron á desembarcar y á internarse para ocupar el territorio; pero cuando la mayor parte estaban ya en tierra, el general del imperio á una señal convenida, hizo salir todo su ejército y cargó precipitadamente sobre el tecpaneca, que aunque se defendió con valor, se vió obligado á volver á sus canoas, cediendo el campo á los imperiales con una gran pérdida. Al dia siguiente, repitieron la misma maniobra y tuvieron el mismo resultado: y dicen que por ochenta dias intentaron penetrar, sintiendo siempre el mismo mal éxito, hasta que disminuido ya considerablemente el ejército tecpaneca, se retiró hasta Azcapozalco, quedando del todo vencedor y dueño del campo el imperial.

Al mismo tiempo Cihuaquequenotzin habia tambien obtenido muchos triunfos en Chihuhnautlan y todos creian que era la ocasion oportuna de entrar á saco en las ciudades del enemigo, para sujetar á los rebeldes; mas el emperador llevado siempre de su clemencia, no quiso emplear la gloria de su ejército vencedor, para derramar la sangre de un enemigo que ya creia vencido; y así esperó que convencidos, desistiesen de su empeño y se prepararan á la paz. ¡Inútil espera con un enemigo que ciego por su ambicion, nunca doblegará su orgullo á la justicia y á la razon! así Tetzotzomoc, en lugar de escarmentar con los descabros sufridos, inventó otro medio de vencer y mandó emisarios á los señores de

Otompam y Chalco, ofreciéndoles la investidura de reyes y estender sus dominios hasta donde ellos pudieran conquistar, si abandonaban la causa del emperador para defender la suya! El cebo de la codicia, conquistó al astuto rey lo que no había podido en buena lid con la fuerza de sus armas, y abrazando aquellos señores su partido, mandaron luego retirar sus fuerzas del ejército imperial, empleándolas en su contra.

Con esta lección ya no quiso el emperador dar más tiempo á sus contrarios, para que por medios tan rastreos le arrancaran los laureles con que su ejército se había cubierto en el campo de batalla: y siguiendo el consejo de sus generales, dió luego las órdenes para llevar el castigo á los rebeldes á sus mismas ciudades. Entró luego por las ciudades de Xaltepeque y Otompam que fueron vencidas después de alguna resistencia: los que no huyeron, fueron pasados á cuchillo y las ciudades saqueadas. De ahí por otras varias ciudades que corrieron la misma suerte, llegó hasta Tollan, antigua capital del reino tolteca, donde se habían reunido todos los habitantes de las ciudades menos populosas, hasta encerrar los pequeños restos del ejército tecpaneca, en la ciudad de Azcapozalco. Solo faltaba el último golpe para destruir aquel numeroso ejército enemigo y estaban ya dadas las determinaciones para ello, cuando Tetzotzomoc, que bien conocía ya su ruina y el terrible castigo que como precisa consecuencia le esperaba, mandó emisarios al emperador proponiéndole rendirse y reconocer su autoridad, pidiéndole perdón de su conducta pasada. El corazón del emperador, que tanto cuanto era esforzado en la campaña, era excesivamente generoso y fácil para perdonar al vencido, presto se dejó ganar del hipócrita arrepentimiento de su contrario, sin preveer las consecuencias de no aplicar el merecido castigo á los criminales para asegurar la paz de sus estados. Sin tomar si-

quiera las medidas que de algún modo le garantizaran la fidelidad de aquella promesa, aceptó la solicitud: y no solo otorgó el perdón, sino que ofreció dejar en posesión de sus tierras, á los tres reyes y demás señores aliados en su contra, sin más condición que pasar luego á la corte para que rindieran el homenaje debido á su dignidad, con las ceremonias acostumbradas en la coronación.

Nadie creyó que aquella guerra tan famosa y duradera, pudiera concluir de este modo, burlando los rebeldes el golpe de su completo esterminio, con su fingida protesta. Esto causó un general descontento en el ejército del emperador y desde luego muchos pensaron retirarse del servicio de un jefe tan débil por el exceso de su benignidad: el emperador quiso calmar aquel disgusto de sus vasallos, con suaves expresiones de agradecimiento y promesas de recompensar debidamente sus servicios; pero todos veían esterilizados sus heroicos esfuerzos y el grande sufrimiento con que habían sostenido aquella larga y sangrienta campaña, con la benigna pero imprudente medida del rey, quedando así abierta la puerta para nuevas revueltas, con la esperanza del perdón, en caso de salir frustradas las perversas maquinaciones. (1)

## CAPITULO XXIII.

### *Fin del reinado y muerte de Ixttilxochitl.*

Vuelto el emperador á su corte de Tezcoco, concedió algunas gracias á los señores que lo acompañaron, dis-

(1) Veytia hist. antig. tom. 2.º cap. 21, 22 S 23. Torq. monarq. ind. lib. 2.º cap. 19. Clavigero tom. 1.º pp. 126, 127 y 128.